



Salvador Reyes Equiguas

“Juego de espejos: concepciones castellanas y nahuas de la naturaleza tras la conquista”

p. 115-123

*El universo de Sahagún*

*Pasado y presente. Coloquio 2005*

José Rubén Romero Galván y Pilar Máynez (coordinadores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2007

156 + [XVI] p.

Ilustraciones

(Serie Cultural Náhuatl. Monografías 31)

ISBN 978-970-32-4463-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 29 de junio de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/484/universo\\_sahagun.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/484/universo_sahagun.html)

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## JUEGO DE ESPEJOS: CONCEPCIONES CASTELLANAS Y NAHUAS DE LA NATURALEZA TRAS LA CONQUISTA

Salvador REYES EQUIGUAS

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

El *Códice Florentino* es, hasta hoy, un manantial inagotable de conocimiento. Quienes nos abastecemos de esta fuente experimentamos emociones contradictorias cada ocasión que lo consultamos, porque tras la satisfacción que produce el corroborar o abandonar sospechas descubrimos cómo brotan de sus folios nuevas dudas y reflexiones que lejos de mitigar nuestras inquietudes se convierten en nuevos retos, que, esperanzados, intentaremos resolver en próximas consultas. Conscientes de esta dinámica, quedamos sujetos a un vaivén de dudas y certezas, a una cadena de motivos para leerle y releerle... una y otra vez.

Sus partes constituyentes, la castellana y la náhuatl, son representantes de ricas tradiciones culturales. Cada una exhibe lo más valioso de sí misma: sus universos sagrados, sus orígenes, su respectivo devenir en el tiempo y las percepciones de los seres con los que el género humano ha convivido en las distintas geografías.

Fray Bernardino, digno representante de su tradición, deja ver de manera velada la cosmología occidental. Sin duda, su bagaje cultural le valió para describir al Nuevo Mundo, necesariamente partiendo de su referente: el Viejo Mundo. Su formación en la universidad de Salamanca seguramente se vio influenciada por textos como los de Cayo Plinio y el *Physiologus* —un bestiario del siglo IV que fue el libro de cabecera de naturalistas por lo menos hasta el siglo XIII—, verdadero manual de zoología simbólica, cuyos posibles autores fueron san Epifanio, san Gregorio o san Basilio.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Véase Hernando Cabarcas, *Bestiario del Nuevo Reino de Granada*, p. 11-13.

Los informantes del franciscano —afortunados sobrevivientes de la guerra de Conquista—, como depositarios de saberes formales provenientes de milenios de experiencias autónomas, vertieron en el mencionado códice sus propias concepciones. Gracias a ellos, su antiguo mundo se vio atrapado y perpetuado en el papel, a la usanza occidental.

El conocimiento mutuo de indígenas y españoles necesariamente se desplegó en espacios de la vida cotidiana. En términos formales, el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco fue quizá la experiencia más rica de intercambio y diálogo cultural. Sin duda, el Libro XI del *Códice florentino*, denominado “De las propiedades de los animales, aves, peces, árboles, yerbas, flores, metales y piedras y de las colores” es la fuente más importante para estudiar las interacciones conceptuales de la naturaleza entre los nahuas y los conquistadores. En este ámbito quedó consignada la sorpresa del conocimiento recíproco, que se hizo extensiva a los seres con los que convivían cada uno de ellos. El encuentro con guajolotes, tlaquaches y ajolotes debió provocar una admiración semejante a la que se experimentó durante el primer encuentro con grandes cuadrúpedos, como el ganado equino y vacuno, por decir lo menos. La mutua observación condujo a ambas partes a redefinir su papel como eje central de sus respectivos universos. Sus cosmologías se vieron afectadas tras el reordenamiento de sus percepciones del entorno natural, resultando una nueva realidad histórica regida por un nuevo eje, el mestizo, el del mundo colonial novohispano.

Con esto quiero decir que la experiencia del contacto entre los dos mundos es rica en cuanto cada parte, al definir al otro, se describe a sí misma, porque usa sus conceptos y términos para ello. Al colocarse frente a frente, cada parte lo hace con un espejo en mano, viéndose a sí mismo en el otro. Esto sucedió así, pues consideremos que no existen las percepciones del circunmundo objetivas; la mirada del hombre selecciona, clasifica y califica los elementos que lo componen, y cada experiencia está sujeta a un sinfín de circunstancias irrepetibles. Son imposibles las percepciones totalmente nuevas pues no hay mirada que evada lo antes visto.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> *Ibidem*, en especial el prefacio a la obra, “Las formas de los deseos y de los terrores”, de Monserrat Ordóñez, p. 5-8.

Observar los elementos de la naturaleza —animales, plantas o cualquier otro— equivale a distinguirlos, y la forma de mirar, de nombrar lo elegido, define al objeto visto. Los nombres que los nahuas construyeron para referirse a los animales y plantas introducidos por los españoles necesariamente nos dejan ver cómo este pueblo incorporó en su sistema de clasificación y nomenclatura a estas especies conforme se despertó en ellos algún tipo de interés, económico o de otra naturaleza.<sup>3</sup> Lo mismo ocurrió entre los conquistadores, que debieron adecuar elementos de su lengua para referirse a las especies de estas tierras, que les resultaban extrañas, casi fantásticas, partiendo de sus referentes denominados en castellano. Los documentos como el *Códice florentino* y otros contemporáneos reflejan cómo cada parte trató de atrapar en su discurso el universo del otro, y para lograrlo cada uno intentó imponer su nomenclatura, recurrió a préstamos de voces, amplió su léxico, asoció las apariencias de los especímenes conocidos con los recién vistos. Por esto, las descripciones en español que Sahagún hace de la naturaleza americana nos dicen más sobre el modo en que la tradición occidental enfrentó el conocimiento de la nueva realidad ambiental que sobre las especies que pretendía describir. Lo mismo ocurre con sus informantes cuando ocasionalmente hablan en náhuatl sobre las especies introducidas. En ambos casos, sus descripciones llegan a ser vagas pues en ocasiones carecen de referentes en sus respectivas lenguas. Consideremos que Sahagún concibió la columna en castellano para ser leída por sus coterráneos, y para dar a conocer el contenido de los textos nahuas utilizó como estrategia las asociaciones, los préstamos y en la medida de lo posible, los referentes castellanos. Así, en el prólogo al Libro XI escribió que el conocimiento de las cosas naturales forma parte de las tareas de la evangelización y se puede pretender por medio de la comparación y de los ejemplos de los especímenes:

<sup>3</sup> El vocabulario de una comunidad refleja el medio natural en que se desenvuelve. Para que el símbolo lingüístico de algún elemento de este medio sea creado, es necesario que los poseedores de este idioma tengan un interés en dicho elemento de tal manera que sea necesaria su referencia y por ende, su conocimiento, véase Sapir, “El lenguaje y el medio ambiente”.

Y estos ejemplos y comparaciones, cuanto más familiares fueren a los oyentes, y por palabras y lenguaje más usadas entrellos dichas, tanto serán más eficaces y provechosas.<sup>4</sup>

Por otro lado, el uso de categorías para identificar el origen de cada especie fue uno de los recursos más frecuentes en las interacciones conceptuales. En los textos castellanos que describen la fauna y la flora nativa —entre ellos los de Sahagún<sup>5</sup>— se puede encontrar el calificativo “de la tierra”, que se agrega a los nombres de las especies nombradas en castellano, por ejemplo, las “gallinas de la tierra”, para referirse a los guajolotes. En voz propia del fraile, veamos otro ejemplo:

Hay unos árboles en esta tierra que se llaman capuli o capulcuáhuatl. Y los españoles llaman a estos cerezos, porque son algo semejantes a los cerezos de España, en la hoja y en el fruto. La fruta se llama capuli; quiere decir “cerezos desta tierra”.<sup>6</sup>

En contraparte, los textos en náhuatl utilizan el calificativo “castillan”, que se agrega a otra raíz y forman los nombres de las especies introducidas; por ejemplo, Molina registra la voz castillanepazotl, “epazote de Castilla”, para referirse a la yerbabuena; castillan camotli, “camote de Castilla”, la zanahoria; castillanayecotli, “frijol ayocote de Castilla”, el haba.<sup>7</sup>

Estas dos categorías “de Castilla” y “de la tierra”, representan la manera más contundente de precisar lo ajeno. Con la primera, se caracterizaba lo nuevo con lo propio de los conquistados; por su parte, la segunda era utilizada por los españoles para calificar lo nativo, lo propio del medio original. Simultáneamente, al definir lo ajeno, se reconocía lo propio aparte. Sin duda, cada parte trató de imponer a su contra su terminología, y en cierto modo el tiempo coadyuvó en ello: Sahagún habla de las fieras del monte refiriéndose al tigre y al león —animales desconocidos en estas tie-

<sup>4</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Libro XI, prólogo, p. 983.

<sup>5</sup> Para entender este intercambio conceptual, los vocabularios como el de Alonso de Molina son fundamentales y se suman a fuentes como el *Códice Florentino*.

<sup>6</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, Libro XI, capítulo VI, p. 1067-1068.

<sup>7</sup> Véase Fray Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*.

rras—, identificándolos quizá con el jaguar, el puma y otros felinos de menor tamaño. Evidentemente, sus designaciones eran imprecisas. Hoy en día, en el español mexicano del medio rural es común notar que se usan estas dos voces para referirse a los felinos como el gato montés, el puma o el jaguar.

La categorización de lo ajeno no fue la única manera en que interactuaron el náhuatl y el castellano en la denominación de los elementos de la naturaleza. También hubo construcciones híbridas. Por ejemplo, en los textos que hablan sobre la Conquista, unos de los más viejos del conjunto sahaduntino, los caballos, son descritos como mamaza, literalmente “venados” en náhuatl, y también hay referencias a ellos como cavallosme, es decir, “caballos” con la pluralización náhuatl, me.<sup>8</sup> En un primer momento, los nahuas asociaron a los equinos con lo que consideraron más parecido en su repertorio faunístico: los venados, y posteriormente se apropiaron del término castellano, pluralizándolo a su modo según las reglas de su lengua. A su vez, Sahagún habla de las jícamas y del cacahuete, sin traducción porque no tiene referentes en su lengua materna. En el caso del cóyotl (coyote), nos dice:

Hay en esta un animal que se llama cóyotl, al cual algunos españoles le llaman zorro, y otros le llaman lobo. Y según sus propiedades, a mi ver, ni es lobo ni zorro, sino animal propio desta tierra.<sup>9</sup>

Esta pertinente aclaración nos indica que en la medida de lo posible, Sahagún hizo observaciones directas de lo que describía, aunque no siempre pudo echar mano de este recurso metodológico y quizá se fió de las descripciones que sus informantes hicieron de fauna simbólica, ejemplo de esto es lo que dice sobre el mazamiztli:

Hay un animal en estas tierras que se llama mazamiztli; quiere decir “ciervo león”. El cual no sé si le hay en ninguna otra parte. Es del tamaño del ciervo, y tiene la color de ciervo, y tiene sus uñas como

<sup>8</sup> En el *Código Florentino*, Libro XII, capítulo I, f. 3, al hablar sobre los presagios se dice que Motecuhzoma observó a los españoles que montaban venados (*mamaça*); mientras que en ese mismo libro, más adelante, en el capítulo XV, al describir la avanzada de los españoles, se registra la voz *cavallosme*, f. 22.

<sup>9</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, Libro XI, capítulo I, p. 991.

ciervo, y tiene la color del ciervo; pero tiene pescuños como león, muy agudos, y los dientes y culmillos como león. No come yerbas. Anda entre los otros ciervos, y cuando quiere comer, abrázase con un ciervo, y con el pescuño ábrele por la barriga, comenzando desde las piernas hasta la garganta, y así le echa fuera todos los intestinos, y le come. En ninguna cosa le conocen los otros ciervos, sino en un mal hedor que tiene.<sup>10</sup>

Desconozco si esta descripción de los indígenas fue resultado de la influencia de textos medievales a los que accedieron en el Colegio de Tlatelolco o si se refiere a una creencia nativa. Sin duda existieron influencias europeas en la manufactura de las imágenes y en el contenido de texto. Así lo ha demostrado Pablo Escalante, quien identificó imágenes y fragmentos del Libro XI del *Florentino* inspirados en la obra *Hortus sanitatis* de Johann von Cube.<sup>11</sup> Si bien la estructura, las imágenes y el texto del Libro XI están inspirados en las obras enciclopédicas medievales, para comprender este texto en su integridad son aún necesarias varias tareas: La primera es la traducción del náhuatl al castellano de todo el apartado. La segunda es detectar en el texto las influencias de mitos, creencias, relatos e inventarios de fauna fantástica de origen náhuatl. La tercera es el análisis lingüístico del texto náhuatl en torno a la flora, la fauna y otros elementos del circunmundo que nos revele los criterios de su clasificación y agrupación.<sup>12</sup> A lo anterior debe sumarse el cotejo de las dos columnas y dedicar especial atención a aquellas partes donde no existe texto en castellano, como las referentes a una parte de las hierbas medicinales, otra de los arbustos, de los sagrados pochote y maguey, las cuevas y parte de los mantenimientos.

<sup>10</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, Libro XI, capítulo I, p. 990.

<sup>11</sup> Pablo Escalante, "Los animales del *Códice Florentino* en el espejo de la tradición occidental", en *Arqueología mexicana*, v. VI, núm. 36, p. 52-59.

<sup>12</sup> La lengua es, a mi entender, el recurso más idóneo para acceder al conocimiento de las relaciones de un pueblo con su entorno natural y el impacto cultural de este hecho. En principio, todas las lenguas contienen un sistema de nomenclatura y clasificación del entorno natural que le rodea, y asumiendo este principio podemos dejar atrás las aseveraciones de la inexistencia de un sistema de clasificación taxonómica propio entre los nahuas debido a que la estructura del Libro XI del *Códice Florentino* reproduce fielmente la presentación de los seres vivos y de otros elementos del circunmundo de las obras enciclopédicas medievales.

Volviendo al proceder del franciscano para dar a entender a Occidente el mundo natural de los nahuas, podemos imaginar las dificultades que enfrentó cuando trató de describir especímenes para los cuales no contaba con referentes. En estos casos ni siquiera la observación directa fue garantía para lograr una descripción adecuada. Veamos cómo intentó describir al nopal y su fruto, el *nochtli*:

hay unos árboles en esta tierra que se llaman nopalli que quiere decir “tunal”, o “árbol que lleva tunas”. Es monstruoso este árbol. El tronco se compone de las hojas y las ramas se hacen de las mismas hojas. Las hojas son anchas y gruesas. Tiene mucho zumo y son viscosas. Tienen espinas las mismas hojas. La fruta que en estos árboles se hace se llama tuna. Son de buen comer. Es fruta preciada, y las buenas dellas son como camuesas. Las hojas deste árbol cómenlas crudas y cocidas.<sup>13</sup>

En otra parte, hablando de las mismas tunas, dice:

El árbol que se llama tuna, que tiene las hojas grandes y gruesas y verdes y espinosas, este árbol echa flores en las mismas hojas.<sup>14</sup>

En lo que toca a las plantas, es en verdad notorio que los informantes supieron muy bien distinguir entre la flora introducida y la nativa. En sus descripciones no se hace mención alguna de las plantas traídas por los españoles, ni del trigo ni de los frutales. Esto se antoja obvio, pues no describirían a los españoles lo que ya conocían. Lo notorio consiste en la precisión del registro de lo nativo. Para acceder a este conocimiento recurrió no sólo a informantes del Colegio de Tlatelolco, también buscó gente heredera de saberes ancestrales. En la parte correspondiente a las “yerbas medicinales”, se aprecia este hecho,

Esta relación arriba puesta de las yerbas medicinales y de las otras cosas medicinales arriba contenidas, dieron los médicos del Tlatelulco Santiago, viejos y muy experimentados en las cosas de la medicina, y que todo ellos curan públicamente, los nombres de los cuales y del escribano que lo escribió se siguen. Y porque no saben escribir, roga-

<sup>13</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, Libro XI, capítulo VI, p. 1068.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 1101.

ron al escribano que pusiese sus nombres. Gaspar Matías, vecino de La Concepción. Pedro de Santiago, vecino de Santa Inés. Francisco Simón, vecino de Santo Toribio. Miguel Damián, vecino de Santo Toribio. Felipe Hernández, vecino de Sancta Ana. Pedro de Raquena, vecino de La Concepción. Miguel García, vecino de Santo Toribio. Miguel Motolinía, vecino de Santa Inés.<sup>15</sup>

Confiando en la autoridad de estos informantes, Sahagún fue consciente del carácter formal de la educación de sus discípulos más allegados y muy probablemente recurrió a los médicos populares evitando en el registro la influencia que él mismo había ejercido en el Colegio de Tlatelolco, como la referida anteriormente de von Cube, entre otros autores. Recordemos que allí, los sabios indígenas habían redactado textos como el llamado Códice De la Cruz Badiano (*Libellus de medicinalibus indorum herbis*). En contraste, la consulta del vulgo aseguraba el registro de un conocimiento más cercano a la tradición nativa; de aquí las profundas diferencias en materia médica del *Códice De la Cruz Badiano* y el *Florentino*. A diferencia de los médicos indígenas populares, los estudiantes de este colegio sabían escribir en náhuatl, castellano y latín, y conocían la obra de Plinio, pues en sus páginas existen referencias a ésta.<sup>16</sup>

Así, el *Códice Florentino* se puede entender como escenario de enfrentamientos conceptuales de dos culturas, de sus préstamos y extrapolaciones, de las percepciones de sí mismos y de los otros. El contexto histórico en que fue elaborado este valioso documento nos puede dar luz sobre la manera en que ocurrió la interacción. El análisis de este libro nos permitirá demostrar que en el contexto de cada tradición, existían sistemas de clasificación taxonómica, cada uno con criterios propios y que la lengua es su prueba fehaciente, sin desconocer por ello las influencias iconográficas y de estructura de textos medievales y renacentistas en el *Códice Florentino*.

Fray Bernardino de Sahagún, que concibió el proyecto de registrar este diálogo cultural, fue consciente de las problemáticas

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 1109.

<sup>16</sup> Véase Efrén del Pozo, "Valor médico y documental del manuscrito", en *Libellus de medicinalibus indorum herbis*, p. 193-194. La referencia explícita a Plinio se halla en el f. 19.



conceptuales; ideó estrategias para resolverlas y esto se deja ver a lo largo de su valiosa obra. Tan fue así que tuvo como propósito elaborar un calepino.<sup>17</sup> Fue tal su legado, que en la inmediatez empezó a ejercer influencia. Tan sólo consideremos que, para lograr su magno trabajo, Francisco Hernández aprovechó los textos de Sahagún. Sin duda, el *Códice Florentino* conserva aún un cúmulo de secretos que, con imaginación y tenacidad, podremos develar.

<sup>17</sup> Véase Pilar Máynez, *El calepino de Sahagún: un acercamiento*.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS